

CARTA ABIERTA AL REY SOBRE CATALUÑA

Por Sebastián AUGER

Majestad:

Si yo fuera Cadalso, es posible que empezara esta misiva con una cualquiera de las frases sobre Cataluña extraída de sus «Cartas Marruecas». Así, podría decir: «Si yo fuera señor de España, los catalanes serían mis mayordomos. Contra una o dos provincias parecidas, el Rey —Vos, Majestad— podría cambiar sus dos Américas. Mayor provecho saca la Corona de la industria catalana que de la pobreza de millares de indios...»

Pero ni soy Cadalso ni los tiempos son los que vivió el poeta y coronel gaditano. Sin embargo, Cataluña sigue siendo la misma en su esencia.

Es esa misma identidad la que me mueve a dirigirme a V. M., en forma de carta abierta, para, como empresario catalán, hablar de esa tierra, que, desde su mismo origen, no es otra cosa que una generosa y difícil empresa creada a la mayor gloria de los pueblos y tierras hispánicas, empeñados todos hoy, a su vez, en otra empresa

de Europa sobre este particular concreto. Quizá la ocasión venga brindada por el próximo Consejo de Ministros de la C. E. E. Si la interrupción del diálogo vino determinada por la negativa crispación de un clima político frente a España, el cambio de éste debe, en buena y justa lógica, acarrear el desbloqueo de ese diálogo hispano-comunitario.

Nosotros formulamos nuestro voto por que Europa sepa situarse en el mismo marco de exquisita cortesía y afectuoso respeto en que se situó el presidente de Francia al formular, en Barafas sus declaraciones de despedida.

de mayor aliento, que nos mueve a saltar por encima de nuestras fronteras para poder integrarnos con los pueblos de Europa y sentirnos realmente lo que somos desde siempre: Europa.

No podéis olvidar, Majestad, que en España el camino de Europa pasa por Cataluña. A él os referisteis en una de vuestras numerosas y recientes visitas.

El que quiera profundizar, libre de prejuicios, descubrirá cómo el separatismo es un arma de dos filos, usada por activa y por pasiva desde el mismo momento que contrajeron matrimonio Fernando e Isabel.

Porque, si queremos analizar, en fenómeno histórico, se puede comprobar que de los papeles suscritos con motivo de las bodas reales resulta clara la reducida eficacia en la intervención de Fernando —modelo de príncipe para Maquiavelo— en el Reino de Castilla, a pesar del popular «tanto monta, monta tanto». Así marginado el Rey y su Reino de toda toma de decisión política respecto a Castilla, la Península quedó organizada, de cara al futuro, como una unión personal desde el instante en que fueron adjudicadas con carácter exclusivo, como si se tratara de monopolio, a Castilla y a Andalucía las tierras descubiertas en América.

Con esta medida Cataluña quedó como separada de Castilla y, por lo tanto, separada de América, pero no por propia voluntad e iniciativa. No olvidemos las múltiples formas de separatismo o segregación.

El descubrimiento colombiano redujo buena parte del comercio con Oriente a través del Mediterráneo. E hibernó a Cataluña. Al menos hasta el reinado de Carlos III, que levantó la prohibición monopolística. Lo que no sólo alteró los términos de la ecuación económica española, sino los sociales y políticos. Lo que permite en el siglo XIX que los catalanes rompan con la secular hegemonía castellana y aparezcan en la galaxia política española personajes de una tan decisiva influencia peninsular como Prim, Figueras, Pi Margall, Balmes y otros, todos ellos con una visión peculiar de España y sus problemas. Relación que, aparecida con la misma fuerza de una erupción volcánica en el firmamento político de la Península, expresa, entre otras cosas, un fuerte deseo de los catalanes de ser en España. Y de ser en España como catalanes. Mientras, se afirma un nuevo sentido de la catalanidad a través de la lengua.

Pero, ¿no resulta heterodoxo y aun peligroso para la mentalidad tradicional del país un intervencionismo político de los catalanes actuando en el plan de «superstars»? Para esta mentalidad, ¿no resulta preferible la actuación de un Cambó-Bolívar a la de un Cambó-Bismark, aunque a simple vista parezca lo contrario? Y ¿es o no es lógica también la actitud de una gran mayoría de catalanes que, al no resignarse a ser simples soldados de filas en el ejército político español, optan por cultivar «la cáseta i l'hortet» —su casa y su jardín—, en expresión de Maclá?

En definitiva, un repaso a la historia de Cataluña obliga a comprender cómo no es la historia de una frustración, sino la de un rechazo.

Aunque, Majestad, esta pública misiva

en modo alguno querría convertirse en un «Memorial de grauges», no puedo por menos de recordar, aunque sólo sea a vuela-pluma, el discurso que en 1904 pronunciara Cambó, entonces concejal del Ayuntamiento barcelonés, ante vuestro abuelo Don Alfonso XIII.

¿Recordáis, Majestad, la machacona insistencia con que el líder regionalista trataba de llamar la atención de su joven Rey? «Esta ciudad, Señor, no se siente feliz...», decía Cambó; para afirmar seguidamente: Barcelona «no pide más que libertad; libertad para dar expresión a las fuerzas y energías que en ella bullen y pugnan en vano buscando una expansión que sólo en mínima parte le permiten las trabas de la Ley».

Tras afirmar que los parques, los bosques, los grandes edificios destinados a servicios públicos, etc., existen en todas las grandes ciudades de Europa y en Barcelona brillan por su ausencia, porque no tiene libertad ni medios económicos para ello, gritaba con todas sus fuerzas: «Los regionalistas pedimos todas las autonomías de los organismos naturales, de la región, del Municipio, de la familia.»

Han transcurrido ya varios años, pero, Majestad, hoy que el camino de Europa sigue pasando, como cuando Cadalso, por Cataluña, es muy posible que un nuevo Cadalso o un nuevo Cambó, o los dos personajes al mismo tiempo, volverían a recordar lo que de Cataluña dijeron con parecidas palabras y con la secreta esperanza de que los deseos pudieran verse realizados a través de un generoso impulso soberano, para bien de todas las tierras y pueblos de España. Sobre todo, tras conocer vuestro precioso mensaje de la Corona, donde como Rey de todos y cada uno de los pueblos españoles que constituyen la diversa y sagrada realidad hispánica aspiráis a ese orden justo que permite reconocer, sin mengua de su unidad, entre las peculiaridades las de esa tierra llamada Cataluña, que tanto espera de su Rey,—
S. A.

MARANA

«Reconciliación para todos», por Luis GARCIA DE LA RASILLA Y NAVARRO-REVERTER.